

CULTURA A LA CONTRA

Los cuadrofénicos

B IEN orquestadas campañas de publicidad y de ventas nos devuelven a los Who, uno de los mejores grupos de rock del mundo. Ellos —y también los Kinks, y tantos otros— dieron voz e imagen a los "mods" ingleses, a aquellos horteras —en el buen sentido de la palabra, en el etimológico: dependientes de comercio, pequeños oficinistas, chicos de una clase media muy baja— que descubrieron, en el cultivo de un atildamiento, rayano entonces con la extravagancia, la posibilidad de salirse de la grisura y la miseria de una Inglaterra que todavía no se había inventado la industria de la música y del turismo para salirse de la depresión económica causada por la guerra mundial y por la pérdida de su Imperio. Los "mods" trataban de individualizarse entrando en otro grupo, vistiendo un uniforme diferente al de sus papás y vecinos. Trataban de aparentar una libertad y un desahogo del que realmente no gozaban, porque era imposible que nadie lo gozase entonces. Y se ayudaban para ello con pastillitas de muchos colores —anfetetas, en su mayor parte—. Y se afianzaban más y más en sus personajes estereotipados, gracias a las peleas —violentísimas, sangrientas— que sostenían con sus rivales, los "rockers". Estos últimos, pertenecientes como ellos a un proletariado industrial que tenía la vida muy difícil, habían adoptado otro modelo de vestimenta y de música: cazadoras de cuero, botas altas, patillas el estilo de la película "The Wild Ones", que protagonizó Marlon Brando; todo ello al ritmo del muy buen rock de Gene Vincent y otros americanos. No había más que diferencias superficiales, estilísticas, entre los dos grupos. No podía haber otras, porque ninguno de los dos defendía ninguna ideología concreta, ni tenían un especial modelo de vida. Eran "rebeldes sin causa"; o, más bien, no conocían las causas de su rebeldía, que por entonces se limitaba a escuchar una música considerada "estridente" por sus mayores, y en irse a bailar cargados de anfetaminas. Todo esto ocurría a principios de los sesenta, antes del "flower power", antes de los hippies, antes de que los jóvenes intentasen organizarse de una manera revolucionaria. Eran los primeros brotes, todavía confusos y poco definidos, de lo que se ha dado en llamar después el disenso juvenil.

La película "Quadrophenia", recientemente estrenada en Madrid, da cuenta muy bien de esa época, y nos narra la historia de un muchacho que es protagonista —y víctima, finalmente— de ella. Cuenta —con mucha ternura, por cierto, e incluso con algo de nostalgia— el despiste inmenso de aquellos chicos y chicas, su vida miserable, sus diversiones y sus peleas, igualmente ingenuas. Está basada, precisamente, en la "ópera rock" —terrible concepto, verdadero contrasentido que sólo responde a imperativos comerciales— de los Who. Y tiene un éxito enorme entre los jóvenes de hoy, de ahora mismo, y en España. Despierta polémicas; los chavales de quince a dieciocho años aligen ser "mods" o "rockers" ahora, cuando ya no existen ninguna de esas dos categorías, casi veinte años después de las grandes batallas campales de Brighton que se cuentan en la misma película. Resulta muy curioso.

Y es una pena. Es una pena que una película que debiera resultar reflexión sobre el pasado, narración de un fenómeno ya histórico, vaya a dictar modas y modas de conducta y vestuario. Entre otras cosas, porque el estilo "mod" era bastante feo —esos cortes de pelo de suburbio inglés, esos trajes entallados de tres o cuatro botones, mala copia (muy mala) de los modelos de Savile Row...—, y sufriremos mucho si se impone. Pero, además, porque no responde a nada de lo que está pasando ahora, ni en Inglaterra, ni —mucho menos— en España. No vivimos ya a principios de los sesenta, y esto parece tan obvio que da hasta vergüenza señalarlo. Ni podemos comparar la calidad de los grupos americanos y de los ingleses, porque hacen otras cosas que hace años. No podemos tomar partido de una pelea que no es la nuestra y que no nos importa. Pero el fenómeno se nos intenta imponer, con todo lujo de campañas publicitarias. Como se nos han impuesto tantas cosas que nos eran ajenas. Para vender mejor determinados productos.

Al margen de todo ello, hay que decir que la película me gustó mucho, y que la música que la acompaña es una maravilla. Lo que no se puede encontrar mensajes donde no los hay, y volver a vivir una batalla que lleva ya años muerta y enterrada. ■ EDUARDO HARO IBARS.

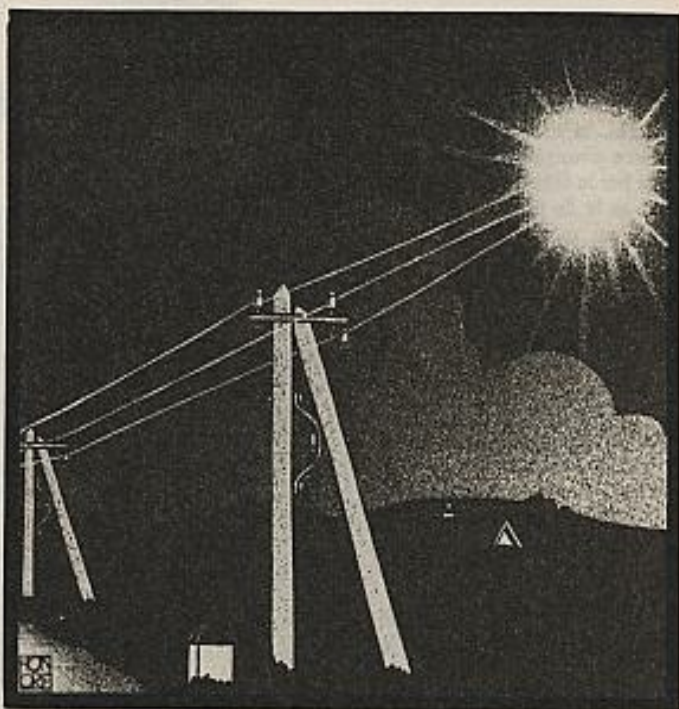
cunstances adversas y tanta mentira, tanta cárcel y tanta amenaza de destrucción nuclear, "... la mayor parte de nosotros, en mi país y en Europa, hemos rechazado el nihilismo y nos hemos entregado a la lucha en la búsqueda de una legitimidad. Ha sido necesario forjarse un arte de vivir en época de catástrofes, para nacer por segunda vez y luchar a rostro descubierto por la dignidad de nuestra historia y contra el instinto de muerte actual..."

Denuncias a los Gobiernos europeos y americano por no hacer nada definitivo ante la permanencia de Franco y su Gobierno. Exaltación del espíritu combativo de los españoles frente a la pobreza de espíritu del fascismo. Su amor por una tierra y unas gentes. Toda una profunda personalidad humana y filosófica plasmada en breves notas al servicio de una causa justa: la de una Humanidad que camina hacia adelante. Retazos del pensamiento de Camus, uno de los grandes existencialistas, ante un tema concreto.

Publicándose ahora en España en una edición bien realizada en una colección que está dando títulos muy interesantes de Ferrer i Guardia, S. G. Payne, Peirats, Trotsky, Víctor Alba, Buenacasa, etc.: "Crónica general de España", de Ediciones Júcar. ■ VICTOR CLAUDIN.

Nueva colección de economía

LA Editorial Espasa-Calpe, una de las grandes veteranas en este país con colecciones de libros que abarcan los campos más distintos, inicia ahora una nueva etapa en el mundo de la ciencia económica. La pasada semana se presentaron los tres primeros títulos de esta colección en sus tres formatos: una serie mayor, una de bolsillo y unos folletos de coyuntura económica. Colabora con la editorial, en un aspecto técnico, el Centro de Estudios y Comunicación Económica, que parece defender, desde un punto de vista doctrinal, una vuelta a posiciones liberales y un menor intervencionismo del sector público. En efecto, el primer libro de la serie mayor se titula "El sector público en las economías de mercado (ensayos sobre el intervencionismo)" y comprende diversos trabajos de Buchanan, Fuentes Quintana, Sáenz de Buruaga, Salvador Barberá, Giersch, etcétera. Va precedido de un prólogo del director del Departamento de Economía del mencionado Centro, José Antonio Aguirre Rodríguez, que firma también uno de los ensayos y que se manifiesta inequívocamente en el sentido citado, con citas del liberal conservador Von



Hayek incluidas. En la misma línea se pronuncian en el folleto de coyuntura, culpando, de nuevo, al sector público de la mayor parte de los males del país y considerando el Plan Económico del Gobierno (PEG) como "positivo". Por último, el primer libro de la serie de bolsillo es "Los motivos del voto (ensayo de economía política)" del profesor norteamericano Gordon Tullock y también lleva un prólogo de Aguirre Rodríguez con nuevos cantos a "la obra de ese gran economista que es Hayek". ■

TEATRO

"La dama boba"

YA está aquí el problema, el viejo problema, de los clásicos. Un problema que cuestiona seriamente muchos de nuestros principios culturales. Porque, ¿cómo explicar que los clásicos españoles ocupen tantas páginas en las historias de la literatura y tan rara vez los escenarios? ¿Cómo entender que ese teatro merezca tan grandes consideraciones —y no sólo en el ámbito académico, pues sabido es que algunos de los grandes directores extranjeros cimentaron en ellos buena parte de su prestigio— y tan escaso amor? Porque el problema no está tanto en el hecho de que aparezcan o no sus títulos —casi siempre en función de las subvenciones oficiales— como en la mezcla de desgana y reverencialismo con que se montan. ¿Significaría esto último que los "clásicos" son materiales históricos y literarios ya muertos teatralmente? ¿Por qué entonces llamarlos clásicos y no aceptar que forman parte de esa inacabable literatura dramática muerta en su tiempo específico?

Es evidente que, al margen de los juicios puramente literarios, en el moderno teatro español existen y han existido —empezando por García Lorca— una serie de personas que no aceptan ese veredicto. Personas que quieren oponer al trato reverencial una aproximación viva, que empiece por la interrogación sobre el sentido de aquellas obras para los públicos modernos. Y, al tiempo, sobre el inevitable conflicto entre unas formas teatrales —el verso, en primer lugar— del



Rodríguez Méndez.

Dos obras de Rodríguez Méndez

LA editorial Cátedra acaba de incluir en su Colección Letras Hispánicas un volumen con dos obras de Rodríguez Méndez, "Flor de otoño" y "Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga", la primera llevada al cine y la segunda estrenada en el Bellas Artes la temporada anterior. La edición crítica es de José Martín Recuerda, autor de una extensa introducción... Por cierto, que el autor de "Las arrecogías..." acaba de luchar con Manuel Sito Alba, en unas oposiciones, por la cátedra Juan del Enzina, de Salamanca. Nadie niega, por supuesto, el derecho de Sito Alba —excelente escritor y hombre que ha batallado muchos años en Italia por el teatro— para optar a la plaza. Sin embargo, es sintomático que Ricard Salvat o César Oliva, que enseñan teatro en las Universidades españolas —Barcelona y Murcia, respectivamente—, no se presentaran a la oposición, convencidos de que Martín Recuerda es el "creador" de la Juan del Enzina y que resulta irónico que deba luchar ahora por ganar en unas oposiciones lo que ha ganado largamente en el trabajo de los años. ■ J. M.

pasado y las que son propias, dentro de su diversidad, del teatro de nuestros días.

El hecho de que el TEC —después de abordar a García Lorca, Chejov y Schiller—, aun sabiendo que ello no iba precisamente a provocar el delirio de las empresas, haya montado "La dama boba", de Lope, es una prueba de que la investigación de los clásicos ha incorporado a los sectores más despiertos de nuestra realidad teatral. Incluso a aquellos —como es el caso del TEC— cuya línea de trabajo contiene

una clara dedicación a la expresión actoral, es decir, a un conjunto de signos y de elementos estéticos que no cabe identificar con la expresión literaria.

Veamos, pues, esta representación de "La dama boba" como un paso de la investigación. Muchas cosas andaban dramáticamente desordenadas, y este es sólo el comienzo de una etapa.

El profesor Ruiz Ramón señalaba no hace mucho lo que definía como la "ironía" de los clásicos, expresada a través de las contradicciones entre texto y

comportamiento, entre el tono superficial de las obras y sus desgarraduras internas. "La dama boba", de Lope, podría ser una ilustración de esta sugestiva propuesta, básicamente contraria a la que tiende a justificar las arbitrariedades —y, por lo tanto, a negar las contradicciones— en nombre de la "justicia poética". ¿Cómo no entender el drama real del galán que elige a la "dama boba" para conseguir su dinero? ¿Qué esbozos sobre la miseria del "braguetazo" y sus causas sociales no mezcla Lope a las burlas y soluciones amables? El enredo está ahí, con su ingenio y sus arbitrariedades. Pero algo anda siempre rompiéndose en la trastienda, dando un tono patético a la acción. Una acción en la que todo el mundo tiene algo de anti-héroe...

El TEC ha procurado servir este doble juego originario. De un lado, la comedia es divertida, atenta al enredo y a la personalidad central de la "dama boba" —interpretada por una Esperanza Roy que tiene, entre otras virtudes, la de no perder ese erotismo tan a menudo sacrificado en las versiones académicas de los clásicos— y a sus evoluciones, desde la bobería real del comienzo a la bobería fingida del final; tránsitos, dicho sea de paso, donde se mezclan escenas estupendas con otras del peor convencionalismo. En este orden, el trabajo de Narros atiende a una vistosidad y a un diseño coreográfico que se esfuerza, sobre todo, en defender el espectáculo. En alcanzar un tono orquestal y brillante —respetando la musicalidad y la medida del verso— antes que otra cosa. Pero, a la vez, en la ridiculización de algún personaje o en la sordidez que envuelve su comportamiento, no deja de traslucirse el deseo de que nos asomemos a ese "segundo nivel" o nivel crítico, esbozado y sepultado por Lope, según las escenas, a lo largo de toda la obra.

En resumen: un trabajo que merece el máximo respeto, que nos sitúa de nuevo ante el tema de los clásicos, que plantea el conflicto entre "organicidad" y "convención", credibilidad y artificio, que avanza en la indagación y que, además, nos llega a un teatro nuevo, el Espronceda, 34, al que desde ahora deseamos vida larga y útil en la escena española. ■ JOSE MONLEON.